

La reinvencción de América

Proyecciones y percepciones
Europa – América Latina,
siglos XIX-XX

Pilar García Jordán (ed.)



Escritura y viaje en Flora Tristán y en Clorinda Matto de Turner. Ideas de modernidad y de civilización para narrar el Perú (siglos XIX-XX)¹

Patricia Martínez i Àlvarez

En el Perú del siglo XIX se desarrolló una práctica importantísima de escritura por parte de muchas mujeres: novelas y prensa fueron los dos ámbitos de expresión de esta escritura. Los textos de aquellas mujeres y de aquella época son una parte de la historia femenina del Perú, inserta en un país donde sus gobernantes intentaban mantener la colonialidad. Si nos acercamos a algunos de los textos de aquellas mujeres podemos, por un lado, ampliar el conocimiento de aquel período y, por otro, replantear, sexuándolos, conceptos tradicionalmente asociados a la idea de desarrollo, de modernidad y de cambio: ¿tuvo sexo la política liberal de la República independiente del Perú del siglo XIX?, ¿fue solo la política masculina la que tejió el Perú de aquel momento?, ¿la política se expresó solo en el ámbito de las instituciones y en los instrumentos de poder con los que gobernaban los líderes y poderes masculinos de la época?

A partir de algunos fragmentos de textos escritos por mujeres que vivieron y conocieron el Perú en el siglo XIX, planteo aquí, en primer lugar, la idea de que la escritura fue para sus autoras un soporte para expresar propuestas políticas para el país: la relación que tienen estas autoras con «la política» debe interpretarse de manera amplia, pues Flora Tristán habla de los sistemas políticos de Francia y del Perú, y a la vez hace política escribiendo sus visiones del Perú; y Clorinda Matto, por su parte, apoyó a los líderes y mili-

1. Este texto es un avance de mi investigación en el marco del proyecto I+ D+I, ref. HAR2015-64891-P (MINECO-FEDER, UE), que se desarrolla en el seno del TEIAA (2014SGR532), grupo de investigación consolidado por el Comissionat per a Universitats i Recerca del DIUE de la Generalitat de Catalunya.

tantes de una de las facciones políticas que se debatía en el poder, y a la vez elaboró una visión de las necesidades del Perú y de América para el desarrollo, que plasmó en palabras que dio a conocer a través de sus novelas, artículos y conferencias.

En segundo lugar, pongo en evidencia las contradicciones que aparecen en sus textos por la presencia de ciertos paradigmas de modernidad y desarrollo inspirados en Europa, y el cuestionamiento explícito a los mismos cuando las autoras se concentran en cuestiones sociales y humanas. Esto me permite plantear que las visiones, representaciones y reinenciones acerca del Perú, en las voces de estas mujeres, fueron particulares: al poner en el centro de sus reflexiones a las mujeres y lo femenino, estas escritoras dejan de encajar en los discursos más habituales de la época sobre lo americano —y peruano—, como realidades que debían todavía reflejarse en lo europeo y como realidades desarrolladas. Las escritoras del siglo XIX también dejan de encajar en el contexto de los discursos acerca de la nación del momento. De hecho el viaje fue, para políticos e intelectuales, un instrumento habitual para crear narraciones y poner en evidencia, primero, el encargo político que muchos de ellos recibían por parte de su Estado y para su nación, después, la representación que encarnaban del país de origen ante Europa, y, finalmente, el alarde que hacían de sus artes masculinas de seducción, e incluso de violencia, ante las mujeres europeas.

Finalmente, destaco la distancia que existió entre las visiones, experiencias y propuestas políticas de estas escritoras y el desarrollo de la política gubernamental y legislativa en la época. Para desarrollar estas ideas me he centrado, básicamente —aunque hago alusión también a alguna otra autora—, en *Peregrinaciones de una paria*, de Flora Tristán, y en algunos de los muchos textos que escribió Clorinda Matto de Turner.

Flora Tristán y Clorinda Matto tienen en común el desarrollo de una escritura que perfila, representa y reinventa el Perú. Ambas describen un Perú lleno de conflictos relacionados con la violencia social y política. Ambas representan también un Perú en el que plantean como única forma de modernización posible la libertad y la educación de las mujeres. Podríamos decir que los escritos de Flora Tristán y de Clorinda Matto reinventaron el Perú poniendo en el centro del pensamiento y de las posibles discusiones sociales y humanas, precisamente aquello que los congresistas habían olvidado: tras la declaración de independencia y la constitución del primer Congreso Constituyente en 1822, el Perú vivió un agitado proceso de inestabilidad gubernamental, institucional y política que se convirtió en el contexto de la elaboración, también, de distintas constituciones denominadas liberales y en las que el concepto de «ciudadanía» excluía implícitamente a las mujeres. La primera de ellas se elaboró y promulgó en 1823, en un escenario en el que enseguida estallaron los enfrentamientos entre múltiples facciones y poderes: realistas y patriotas, «republicanistas» y «monarquistas» dentro de los patriotas; y, además, la presión de Bolívar, que rápidamente logró el control del gobier-

no. Desde entonces y hasta 1839 se elaboraron y promulgaron cinco constituciones más, lo que pone en evidencia las dificultades para la estabilidad política que existían en el Perú: todas ellas se centraron en regular temas de gobierno y de nación. Décadas más tarde, en 1867, se promulgó una nueva constitución, vigente hasta 1920 y cuyo artículo 39 decía: «El sufragio popular es directo: gozan de este derecho todos los ciudadanos en ejercicio» (García Belaúnde, 2005: 365).

La constitución consideraba «ciudadanos» solo a los hombres, pues las mujeres estaban excluidas del derecho a voto en ese momento. La misma constitución especificaba, además, en otro artículo que este derecho se podía perder por motivos tales como el hecho de ser vago, jugador, o cuando el hombre era «divorciado por su culpa». Significa esto que los derechos políticos, en el Perú del siglo XIX —como en muchos países europeos en los que sus dirigentes se autodenominaron liberales—, estaban estrechamente ligados a cuestiones de «orden familiar», y el acceso a ellos dependía del hecho de ser hombre o mujer, entre otros aspectos. Las vidas de las dos autoras en el Perú transcurrieron en esta coyuntura legal: existía una gran distancia entre el contenido social, humano y, por lo tanto, político para «la nación» de sus obras, y lo que los poderes políticos del momento debatían e implantaban, determinando una parte muy importante, precisamente, de la vida en el Perú. Los poderes políticos y la Iglesia, además, ejercían de hecho un control sobre la sociedad que iba incluso más allá de la propia constitución: a modo de anécdota, por ejemplo, el artículo 20 de la constitución del año 1867 decía que «Todos pueden hacer uso de la imprenta para publicar sus escritos, sin censura previa; y sin responsabilidad en asuntos de interés general» (García Belaúnde, 2005: 358), pero a Clorinda Matto los simpatizantes de Piérola le quemaron su imprenta.

Tanto por las descripciones y críticas a cuestiones de poder político y de orden social, como por el hecho mismo de la escritura, los textos de Flora Tristán y de Clorinda Matto son considerados en este artículo fuentes históricas: no necesariamente para interpretar que todo lo narrado en ellos sucedió y tiene data histórica, sino como reflejo de realidades, de representaciones, de deseos y de propuestas que sí la tienen, que sí sucedieron y que sí se sitúan en un momento dado del pasado. Son fuentes históricas que sirven para pensar específicamente la historia de las mujeres: después de resituar el paradigma histórico de la división entre lo público y lo privado como un paradigma precisamente patriarcal que seguía haciendo difícil pensar la historia de las mujeres, o pensar la historia humana de manera sexuada, he repensado el sentido de lo político separando lo que ha acontecido en el ámbito de la política del poder como una acepción del concepto «política». A partir de ahí indago buscando una política femenina en el pasado, que encuentro en este tipo de textos.

1. Para viajar y escribir: el Perú del siglo xix

Flora Tristán viajó desde Francia al Perú en 1833 y allí pasó unos meses. Años más tarde de su regreso a Europa, en 1838, publicó *Peregrinaciones de una paria*. Clorinda Matto se trasladó de Cusco a Arequipa en 1833, a Lima en 1886, luego a Argentina en 1895, y viajó también por toda Europa el año antes de escribir el que fue su último libro: *Viaje de recreo*, años después.

En el viaje de Flora aparece América representada en relación con Europa en muchos pasajes de su novela, y en los desplazamientos de Clorinda Matto dentro del Perú y hacia Argentina se afianzan su fama y su ser escritora. En el viaje de Clorinda al viejo continente, además, aparece un conocimiento de Europa —que ella expresa en los distintos capítulos de su novela— que indica, necesariamente, que en el Perú de fines del siglo xix Europa seguía siendo un conjunto de referentes culturales y políticos fundamentales. Clorinda Matto de Turner había mantenido desde Cusco, por cuestiones comerciales, una asidua relación con gentes de Europa, pero el exhaustivo conocimiento que tenía de las ciudades europeas y el detalle de su narración, en el único viaje que hizo al continente, ponen de manifiesto que todo lo europeo había sido una referencia importante en su desarrollo como pensadora y como escritora.

En el viaje descrito por Flora y en las cosas que nos cuenta de los personajes a los que visita y con los que se encuentra, se refleja la existencia de un fluido intercambio social y no solo ideológico y cultural entre América y Europa: peruanos viviendo en Europa, españoles quedándose a vivir en el Perú a pesar de haber participado en las guerras de independencia, etc. Flora Tristán, francesa, era hija de un peruano, y Clorinda Matto, peruana, se había casado con un inglés: entre 1821 y 1880 se desarrolló un primer período de migración europea hacia el Perú por parte de ingleses y de franceses —sobre todo— militares, comerciantes y también intelectuales. La legislación de la época sobre nacionalidad, pero también sobre las facilidades que se daría a quien, procedente de Europa, llegase al Perú, fue explícita y abundante, y tenía como objetivo motivar el establecimiento de europeos en el territorio; sin embargo, ni las condiciones económicas de los primeros años ni los conflictos políticos internos facilitaron el proceso. A partir de 1840 el Estado intentó fomentar la migración europea para garantizar la colonización de territorios poco o nada poblados (Bonfiglio, 2001: 17).

El barco en el que se trasladó Flora Tristán desde Burdeos hasta Montevideo, por ejemplo, pertenecía a M. Chabrié, M. Briet y M. David. La tripulación estaba compuesta por quince hombres y había solo cinco pasajeros. La cantidad y el tipo de personas que viajaba en aquel barco expresan, por un lado, la existencia de una actividad comercial importante y normalizada ya en la década de los treinta entre Francia y el Perú, y, por otro, el asentamiento de españoles en el Perú, así como la importancia de Europa como referente formativo y cultural para el país andino tanto antes como después de la independencia. Los pasajeros eran:

Un viejo español, antiguo militar que estuvo en la guerra de 1808 y desde hacía diez años se había establecido en Lima. Este valiente quiso ver a su patria antes de morir y, cumplido su deseo, regresaba al Perú. Llevaba consigo a un sobrino, muchacho de quince años, notable por su inteligencia. El tío se llamaba don José y el sobrino, Cesáreo. El tercer pasajero era un peruano, nacido en la Ciudad del Sol (Cuzco), que había sido enviado a París a la edad de diecisiete años para educarse. Le acompañaba su primo, joven vizcaíno. El primero se llamaba Fermín Miota y su primo simplemente don Fernando, pues, al igual que los dos primeros pasajeros, solo era designado por su nombre patronímico (Tristán, 2008 [1838]: 34).

El viaje al Perú de Flora Tristán tenía como objetivo que su tío paterno la reconociera como hija legítima de su padre y le diera lo que le correspondiera por herencia, para poder vivir sin seguir pasando las penurias que había vivido junto a su madre y que ahora, en su situación de mujer separada, tendría que soportar. Su tío,

Don Pío de Tristán había llegado de Europa en 1803 con el grado de coronel. Hizo aquella terrible Guerra de la Independencia en la cual los peruanos pusieron tanto encarnizamiento para conquistar su libertad. [...] Era uno de los más hábiles militares que España envió a aquellos países. Cuando las tropas del Rey Fernando se vieron obligadas a evacuar Buenos Aires y el territorio de la República Argentina, fue él quien las mandó como segundo bajo las órdenes de nuestro primo M. de Goyeneche, hermano de M. Mariano Goyeneche, de quien ya he hablado (Tristán, 2008 [1838]: 148).

Los dos continentes seguían estrechamente vinculados, pero así como a la intelectualidad y a los congresistas de la época Europa les había servido de fuente de inspiración ideológica para intentar construir una nación y un Estado excluyentes, nuestras autoras elaboraron un discurso basado en lo humano como fundamento; y, para ellas, el referente europeo se desvanecía si la educación y la libertad de las mujeres no estaban garantizadas, ideas que defendían también para el Perú.

A modo de apunte, para ilustrar que estas dos autoras no son las únicas escritoras que durante el siglo XIX y los primeros años del siglo XX se ocuparon del Perú en sus textos, describiendo aspectos sociales y políticos que debían ser modificados, y que imaginaban un país moderno en el que la educación de las mujeres era clave, destacamos también los escritos de Mercedes Cabello de Carbonera. Nació en Moquegua en 1842, y murió el mismo año que Clorinda Matto, en Lima. Mercedes Cabello escribió, entre otras, la novela *Blanca Sol (Novela Social)* en 1888, y en ella retrató la doble moral de la sociedad limeña describiendo, además, vicios, formas de violencia y costumbres que, propios del Perú y herederos de la hispanización, debían ser modificados (Goswitz, 2010: 117). A las novelas hay que sumar sus ensayos, en los que abordaba cuestiones literarias y, como Flora y Clorinda, cuestiones relativas a la necesaria educación de las mujeres: *Estudio comparativo de la inteligencia y la belleza de la mujer o Perfeccionamiento de la educación y la condición social de la mujer*, en 1893. Estas tres autoras, pues, y otras muchas en el Perú del siglo XIX y parte del XX, y otras en Argentina, Venezuela, Colombia, Ecuador, etc., conforman una experiencia literaria femenina y política que coincide con el largo y poco afortunado proceso de cons-

trucción de la modernidad entre las independencias y las primeras décadas del siglo xx en las repúblicas latinoamericanas. La efervescencia de la escritura femenina en aquel período ha sido planteada como consecuencia directa del fracaso de los proyectos políticos de Estado (Mattalia, 2013: 97). También Francesca Denegri ha calificado de innovadoras las obras de estas autoras por su contenido político y contextual frente a la literatura masculina del momento, mucho más alejada de la pretensión de tratar la realidad (Denegri, 2004: 110). Por lo que decían y por el impacto transformador que tuvieron, se desarrolló una crítica, incluso en el ámbito de la historiografía de la época, hacia los «géneros blandos», las novelas o los folletines, pues aquellos historiadores consideraron que este tipo de escritos podían influir en la población femenina e indisciplinarla. Fueron ellos mismos quienes, en sus publicaciones, desvirtuaron la existencia de estos escritos (González-Stephan, 2002: 189).

Según Ana Peluffo (2005: 48), durante la segunda mitad del siglo xix crece en el Perú una escritura periodística y literaria de gran éxito social y de autoría femenina, con la que sus autoras obtuvieron, además, mayor rédito económico del que obtenían, con la suya, los intelectuales varones de la época. Peluffo plantea que este fue el motivo por el que algunos de ellos recelaron y atacaron a estas mujeres, cuestionando y ridiculizando —como sucederá en el caso de Clorinda— sus obras. Francesca Denegri plantea que la reacción de los hombres escritores se debió al hecho de que ellas terminaran obteniendo un gran éxito, incluso a nivel internacional: las invitaban a viajar, a dar conferencias, sus libros se leían en otros países, etc. Denegri cuenta que eran los hombres intelectuales los que recibían encargos del gobierno y obtenían las becas del Estado para escribir (Denegri, 2004: 34-35), lo que nos permite suponer que, si las autoras no recibían dinero público y eran criticadas por la intelectualidad de la época, su éxito se debía a que realmente el contenido de sus obras despertaba interés.

A Flora Tristán la recibió el Perú con garúa en el puerto de Islay, en Arequipa. Llegó hasta allí en el *Leonidas*, el barco que había tomado el primero de septiembre de 1833 en Valparaíso, donde había descansado unos días tras el viaje desde Europa en *El Mexicano*. Viajaba al Perú en busca de la herencia paterna, y allí llegó, agotada, también por la persecución que había sufrido por parte de su marido en Francia. Se había separado de él en un país en el que el divorcio no existía, y viajaba al Perú para que la reconocieran como hija legítima de Mariano Tristán y Moscoso, su padre, un hombre que —en el mismo país, Francia— se había casado con la francesa Anne Laisney, madre de Flora Tristán, solo por la Iglesia (De Miguel y Romero, 2003: 13). Las leyes liberales de la Francia de las primeras décadas del siglo xix complicaban la libertad de Flora Tristán. La violencia de su marido era incesante, pero el Estado no le permitía divorciarse de él (Bloch-Dano, 2002: 3-49), y ese mismo Estado, liberal, moderno, secular, por supuesto, no reconocía el matrimonio religioso de sus padres, negándole así la legitimidad a Flora. Como la garúa que la re-

cibió en el Perú —esa lluvia sutil que termina por empaparlo todo, porque una piensa que no es necesario protegerse de ella—, la violencia de los hombres y del Estado empaparon la vida de Flora Tristán: ¿por qué su padre se había casado solo por la Iglesia con su madre y nunca había explicado a su familia, en el Perú, que lo había hecho y que tenía una hija y un hijo en París?, ¿por qué el marido de Flora Tristán pudo perseguirla durante décadas hasta pegarle un tiro un día de septiembre de 1838 en una calle de París? En este artículo no abordo directamente la respuesta a estas dos preguntas, pero sí su relación con las ideas que expresa la autora en su obra acerca de las políticas de Estado y de las sociedades que conocía, aspectos que evidentemente tuvieron que ver con su vida. En *Peregrinaciones de una paria* Flora Tristán expresó, fruto de su experiencia, sus ideas acerca de las mujeres en el mundo:

Pero entre los países más avanzados no hay uno en el cual clases numerosas de individuos no tengan mucho que sufrir de una opresión legal; los campesinos en Rusia, los judíos en Roma, los marineros en Inglaterra, las mujeres en todas partes (Tristán, 2008 [1838]: 17).

Con su novela, además, Flora Tristán se dirigió al Perú, a las gentes del Perú. Tal vez esta sea una de las preguntas más interesantes entre las que podemos plantear a la autora y a su texto: ¿qué hizo que Flora Tristán necesitara, quisiera dirigirse al Perú, tras regresar nuevamente a Francia? En su novela la autora transita entre el apego y la crítica: defiende haber nacido en Francia pero ser peruana, y alude a sus rasgos físicos para demostrar que lo es, y a la vez afirma, por ejemplo, que tiene la sensación de estar en un viaje en el tiempo, retrocediendo hasta la Edad Media, al observar cómo se vive y las costumbres que imperan en la sociedad peruana, así como el poder que sigue teniendo la Iglesia (Bloch-Dano, 2002: 82-92). La autora se dirige al Perú porque:

Hay pueblos que se asemejan a ciertos individuos: mientras menos avanzados están más susceptible es su amor propio. [...] Y al ver que andáis errados y que no pensáis, ante todo, en armonizar vuestras costumbres con la organización política que habéis adoptado, he tenido el valor de decirlo, con riesgo de ofender vuestro orgullo nacional (Bloch-Dano, 2002: 11).

Haciendo alusión a «la organización política que habéis adoptado», en realidad Flora Tristán se contradice a sí misma: el paradigma europeo de la república se contradice con las leyes que hacen dependientes a las mujeres o con las que no las consideran ciudadanas en la misma Francia, tanto como en el Perú, y Flora tiene vivencia clara de ello.

Clorinda Matto de Turner, por su parte, nació en Cusco en 1852 y murió en Buenos Aires en 1909. Se casó con el comerciante británico Joseph Turner en 1871 e instalaron en Tinta un negocio de tratado y exportación de lanas. Clorinda trabajaba en el negocio y, en paralelo, escribía, desde 1875, artículos periodísticos para el *Correo del Perú* y para el *Recreo del Cusco*, dos diarios del momento. En 1877 fue invitada a las veladas literarias de Juana Manuela Gorriti, la escritora nacida en Salta (Argentina) que vivió algunos años

en el Perú, lo que pone en evidencia, por un lado, su reconocimiento como escritora y, por otro, la existencia, efectivamente, de un movimiento intelectual fruto de la experiencia de escritura femenina.

Clorinda Matto simpatizó con Avelino Cáceres, prefecto del Cusco durante la guerra con Chile, quien posteriormente se enfrentaría al presidente de la República Miguel Iglesias en la guerra civil que estalló tras el Tratado de Ancón en 1883. Las últimas décadas del siglo XIX estuvieron caracterizadas por el «autoritarismo constitucional» del que Ana Peluffo habla en su obra para analizar el período: de hecho, Flora Tristán en *Peregrinaciones de una paria*, al describir el panorama político de varias décadas antes, expresa y detalla la existencia de líderes y gobiernos caudillistas que se instalaban en el poder de acuerdo con sus éxitos en enfrentamientos militares y en relaciones clientelares. Nicolás de Piérola —que gobernó primero entre 1879 y 1881, y luego entre 1895 y 1899— y Cáceres —que lo hizo también en dos períodos distintos, primero entre 1886 y 1890, y después entre 1894 y 1895— se turnaron en el poder gracias a sus prácticas caudillistas, aunque Piérola pactó con el civilismo y, de hecho, fundó el Partido Demócrata. Estas notas sobre la orientación de la política gubernamental y presidencial durante décadas son importantes para ver cómo, en un siglo XIX marcado por la contradicción entre los discursos políticos y sociales sobre modernidad y las dinámicas de poder caudillistas, los escritos de mujeres como Flora Tristán y Clorinda Matto sobre el Perú, sus críticas, propuestas y vivencias fueron incómodos a los poderes civiles, religiosos y sociales de la época. Como ellas, otras mujeres en la región cuestionaron también este panorama político con su escritura: Juana Manuela Gorriti, que residía en Lima, pero escribiendo acerca de Argentina, narró a fines de la década de los sesenta:

En aquel divorcio de un mundo nuevo, que quería vivir de su joven existencia, y de un mundo añejo, que pretendía encadenarlo a la suya, decrepita y caduca; en este inmenso desquiciamiento de creencias y de instituciones, todos los intereses estaban encontrados, los vínculos disueltos; y en el seno de las familias ardía la misma discordia que en los campos de batalla (Gorriti, 2001 [1869]: 136).

A partir de 1883, tras haber enviudado, y por motivos sobre todo económicos, Clorinda Matto inició una nueva etapa vital: se trasladó primero a Arequipa, donde asumió el cargo de jefa de redacción del diario *La Bolsa*, y después a Lima en 1886. En 1889 fue nombrada directora de *El Perú Ilustrado*, publicación que entre 1887 y 1892 se imprimió en Lima y que pretendía ser un agente de «adelanto y de progreso», tal como en el número 41 de 1888 aparecía descrita por sus propios redactores (Tauzin, 2003: 134-135). *El Perú Ilustrado*, sin embargo, sufrió la censura de la Iglesia, que no tardó en caer sobre Clorinda.

En 1889 se publicó *Aves sin nido*, una novela en la que Clorinda afirmaba, por ejemplo, la necesidad de que los clérigos se casaran para evitar así los abusos sexuales que cometían en provincias:

¿Quién sabe si después de doblar la última página de este libro se conocerá la importancia de observar atentamente el personal de las autoridades, así eclesiásticas como civiles, que vayan a regir los destinos de los que viven en las apartadas poblaciones del interior del Perú? ¿Quién sabe si se reconocerá la necesidad del matrimonio de los curas como una exigencia social? (Matto, 2001 [1889]: 51).

Aves sin nido está ambientada en un pueblo del Cusco y narra y describe las prácticas abusivas de la Iglesia y de los poderes locales contra las familias campesinas. La publicación de esta obra y su éxito provocaron la reacción de algunos intelectuales como Pedro Paz Soldán, que en el diario *El Chispazo* publicó una carta dirigida a la escritora donde la ridiculizaba por sus orígenes cuzqueños, imitándola con burla por su acento andino. Unos años más tarde, Clorinda Matto fue excomulgada: su éxito y el contenido explícito de sus escritos y de su novela estuvieron sin ninguna duda en la base de dicho acontecimiento, pero el motivo por el cual la Iglesia terminó condenándola fue el hecho de que, siendo ella la directora, se publicara en *El Perú Ilustrado* un artículo de un autor brasileño sobre Jesús y María Magdalena que fue considerado poco ortodoxo (Berg, 2010: 3; Peluffo, 2005: 12).

Clorinda Matto terminó exiliada en Argentina: en 1892 había fundado la imprenta La Equitativa, una empresa en la que solo trabajaban mujeres y en la que se imprimía la revista *Los Andes*, favorable a las ideas de Cáceres. En 1895, cuando las tropas de Piérola penetraron en Lima, entraron también en la imprenta de Clorinda, la quemaron y ella tuvo que abandonar Perú y trasladarse a Argentina. Su vida literaria y periodística y sus discursos encontraron eco enseguida en Buenos Aires, donde dirigió *El Búcaro Americano*, una revista que básicamente era un espacio en el que escribían mujeres y en la que se publicaron numerosos artículos sobre la necesaria emancipación de la mujer. De hecho, apenas llegada a Buenos Aires, Clorinda Matto fue invitada a dar una conferencia en el Ateneo de la ciudad, el 14 de diciembre de 1895: su fama y el reconocimiento de su trayectoria eran evidentes. La tituló *Las obreras del pensamiento en América del Sur* y en ella centró su atención en hablar de las mujeres que habían escrito y que escribían en el continente. Esta conferencia y su contenido han sido considerados la «fijación de un canon» de escritoras que, en sus obras, recrearon el modelo de mujer de la época (Ferrús, 2013: 122).

2. Después de la independencia: imaginarios y representaciones del Perú y de Europa entre el catolicismo y el laicismo

A pesar de ser madre de un niño y de una niña, Flora Tristán viajó sola al Perú: tal y como ella misma narra en su obra, cuando se separó vivió la persecución de su marido, que le propuso dejarla tranquila a cambio de quedarse con el hijo varón. La tranquilidad, obviamente, duró poco tiempo, y pronto se vio nuevamente huyendo y escondiéndose con su hija por pueblos de los alrededores de París. En Angulema cayó enferma y las acogió una mujer, ma-

demoiselle Bourzac, que ofreció a Flora Tristán que dejara a su hija a su cuidado. De este modo pudo preparar y emprender su viaje al Perú: «puede marcharse sin ninguna inquietud. Durante su ausencia le serviré de madre, y si la desgracia quisiera que no la volviese a ver se quedará con nosotros» (Tristán, 2008 [1838]: 24). Flora viajó sin su hija para ocultar en el Perú lo mismo de lo que había tenido que esconderse en Francia: que era una mujer separada, que se había alejado del hombre que le había hecho descubrir y vivir la infelicidad y con el que, también según su mismo relato, su madre la había obligado a casarse. En la carta que dirigió a los peruanos como prelude de su obra, y en la apertura y prefacio de la misma, el ideal de modernidad europeo se confronta con su situación como mujer y se mezcla con la esperanza proyectada en el Perú. Flora Tristán es crítica y clara con la influencia del catolicismo que todavía está presente en Europa, que «retarda el progreso» y propone, abiertamente, que los lastres que América no tiene constituyen la posibilidad de progreso:

Maldecía esta organización social que, opuesta a la Providencia, sustituye con la cadena del forzado lazo del amor y divide la sociedad en siervas y amos [...]. El catolicismo de Roma nos deja con todas nuestras inclinaciones y da a la del egoísmo mayor intensidad [...]. El porvenir es de América. Los prejuicios no pueden adherirse en ella como en nuestra vieja Europa. Las poblaciones no son lo bastante homogéneas como para que este obstáculo retarde el progreso (Tristán, 2008 [1838]: 11 y 32).

De hecho, en Valparaíso, entre un tramo del viaje y otro, Flora Tristán se había alojado en casa de una mujer francesa que había llegado hasta allí huyendo, también, de la Francia que la perseguía por haberse separado de su marido. En este fragmento del relato, de nuevo América aparece como un lugar posible en el mundo, y de hecho lo es para madame Aubrit, que vivía del pequeño alojamiento que había podido instalar y que llevaba adelante:

La historia de Mme. Aubrit es la de miles de mujeres quienes, como ella, están al margen de la sociedad y tienen que sufrir los horrores de la miseria y del abandono. Nuestra sociedad se muestra insensible a la vista de estas desgracias y a la perversidad que las hace nacer. En su estúpido egoísmo no ve que el mal ataca la organización social por su base y los datos estadísticos revelan sus progresos sin que piense en ponerle remedio (Tristán, 2008 [1838]: 124).

A pesar de que en *Peregrinaciones de una paria* América aparezca relatada como una alternativa de verdadero progreso para mujeres como la propia autora o madame Aubrit, cuando Flora Tristán alude a cuestiones del sistema político se contradice:

Que un gobierno progresista llame en su ayuda a las artes de Asia y de Europa y pueda hacer que los peruanos ocupen aquel rango entre las naciones del Nuevo Mundo (Tristán, 2008 [1838]: 12).

Flora Tristán vivió los avatares caudillistas y gubernamentales del Perú los meses que estuvo allí —tal vez por eso su propuesta de sustituir esa dinámica por la de un gobierno que pidiera ayuda a Asia o a Europa—, pero la ten-

sión entre su crítica a la Europa de «esa organización social a la que maldecía» y el sostenimiento del referente en cuanto a la política del poder refleja también la tensión entre la política masculina —la misma en la que se reflejaban los intelectuales de la época, el Congreso y sus constituciones y las élites limeñas— y la realidad de las mujeres tanto en Europa como en el Perú. Flora Tristán rechaza a la sociedad europea y rechaza el ideario de progreso europeo cuando habla en primera persona y cuando habla de las demás mujeres: pone en crisis la pretendida relación entre liberalismo y la verdadera laicidad en lo que a los mandatos de sumisión que recaían sobre las mujeres se refiere, e imagina que América, el Perú, podrán desarrollarse mejor porque quiere ver que allí las sociedades se construirán sobre una base menos anquilosada. La propia Flora mantiene la esperanza de mejorar su vida en el Perú, pero a lo largo del relato, en *Peregrinaciones*, Flora Tristán va descubriendo la presencia enquistada de la Iglesia y de lo eclesiástico en el país y se da cuenta de que tampoco allí la realidad de las mujeres mejorará.

En una de las muchas conversaciones que mantenía con su prima y que quedaron narradas en la obra, Flora Tristán intenta finalmente resolver esta tensión y cae en el paradigma de lo liberal como posibilidad de laicidad:

—Soltera, sin familia, usted ha sido libre en todas sus acciones, dueña absoluta de sí misma. Sin estar sujeta a ningún deber, no tenía obligaciones para con el mundo y la calumnia no podía alcanzarla. Florita, hay pocas mujeres en su feliz posición. Casi todas, casadas muy jóvenes, han tenido sus facultades marchitas, alteradas por la opresión más o menos fuerte que sus amos han hecho pesar sobre ellas. Usted no sabe cuántos de estos penosos sufrimientos está una obligada a ocultar a los ojos del mundo, a disimular aún en el interior y cómo paralizan y debilitan la moral del ser más felizmente dotado. Al menos, tales son los efectos que aquellos sufrimientos producen sobre nosotras, pobres mujeres, poco avanzadas en civilización. ¿Serán de otro modo las mujeres de Europa?

—Prima, hay sufrimientos en donde hay opresión y opresión en donde el poder de ejercitarla existe. En Europa, como aquí, las mujeres están sometidas a los hombres y tienen que sufrir aún más su tiranía. Pero en Europa se encuentran, más que acá, mujeres a quienes Dios ha concedido suficientes fuerzas para sustraerse al yugo (Tristán, 2008 [1838]: 191-192).

También en la escritura de Clorinda Matto de Turner encontramos tensión y contradicción cuando habla de Europa, de laicismo y de las mujeres. Clorinda tuvo que exiliarse del Perú «por el pecado de mezclarnos en política», tal y como Francesca Denegri recuerda que la misma autora explicó en su obra *Boreales, miniaturas y porcelanas*,² publicada en 1902, pero, recordemos, también había sido excomulgada. Excomulgada, principalmente, por ser mujer escritora, pues la acusación en que se fundamentaba la excomunión se basaba en un hecho indirecto, como he mencionado anteriormente, y sin embargo vinculado al éxito de sus obras y de su gestión como directora de prensa. Aun así, Clorinda parece mantener la idea de que la laicidad no

2. Francesca Denegri en la conferencia de octubre de 2016 en la Universidad de Chile, *Relatos de viaje de Maipina de la Barra, Eduarda Mansilla y Clorinda Matto*.

es conveniente para las sociedades y tiene, entonces, con Europa una relación casi opuesta a la de Flora Tristán.

Durante su exilio en Argentina, Clorinda fue enviada por el Consejo de Educación de Buenos Aires a recorrer varios países europeos con la finalidad de hacer un informe sobre la situación de la educación femenina. Fruto de aquel viaje fue la publicación al año siguiente, en 1909, del que sería su último libro, *Viaje de recreo*. Cito dos fragmentos de la obra para ilustrar el modo en que concibe la evolución de las libertades de las mujeres en Inglaterra ligada al mantenimiento de las costumbres religiosas y eclesiásticas:

La mujer inglesa de la clase media merece mi respeto. Ella reina y gobierna, no por la coquetería, la pintura, la ficción y la lascivia, sino por el imperio de la rectitud y la moral. Goza de una amplia y verdadera libertad y no abusa de ella; tiene fe religiosa sincera, y ésta la guía y la alienta. ¡Con cuánto regocijo recuerdo este respeto recíproco y profundo en el seno de los hogares entre padres e hijos, entre hermanas, entre parientes y amigos! La mujer inglesa tampoco se ha singularizado por la bullangiería. Las mujeres sufragistas que reclaman la igualdad del voto, fundadas en la igualdad de contribución que pagan, van con la seriedad propia del derecho que ejercitan y la justicia de la causa que patrocinan, y las que han franqueado los umbrales universitarios van llevadas por una casi vocación, disputando el diploma al varón en noble lid. Como madre es adorable y abnegada como institutriz. La gran causa del feminismo asume proporciones colosales en el terreno fundamental del derecho, y hoy no son las *frívolas*, ni las *desocupadas*, ni las *desengañadas*, como dicen los adversarios, las que piden leyes al Parlamento: ¡son las madres! (Matto, 2010 [1909]: 98).

Inglaterra es para Matto el país en el que más claramente han avanzado los derechos y libertades de las mujeres y en el que el feminismo le merece mayor admiración. De hecho, a Clorinda la decepciona el feminismo francés, tal vez y precisamente por ser Francia un país liberal. Poco más de setenta años después de que Flora Tristán publicara sus *Peregrinaciones de una paria*, donde comparaba las libertades de las mujeres en el Perú y en Europa junto a una crítica a las sociedades católicas, Clorinda Matto escribía explícitamente en su *Viaje de recreo* su decepción respecto a Francia y reivindicaba el mantenimiento de la religión y su cultivo. El peso del catolicismo en la mirada de una y de otra las distancia y las proyecta hacia un ideal de Europa distinto, aunque para pensar y reinventar el Perú ambas recurrieran a criticar el peso de la Iglesia y su histórico poder, vinculándolos precisamente a la ausencia de modernidad y de progreso.

Modernidad y progreso, educación de las mujeres y libertades de las mujeres son tres elementos que ambas autoras —separadas por décadas en su experiencia de viaje y en su escritura— plantean como correlativos. Ambas son críticas con sus sociedades en este mismo sentido, pero ambas terminan proyectando en el «otro lugar» la imposibilidad de que se cumpla un verdadero progreso, y retoman el lugar propio como ideal:

Calles, bulevares, plazas, paseos, todo está invadido por la alegría de patriotas que cantan a la Libertad, Igualdad y Fraternidad, sin que se tomen el trabajo de meditar que la libertad no existe en la vida, donde estamos atados a la columna del trabajo cotidiano; que la igualdad es utópica, donde habrá siempre negros y rubios, blancos y morenos, ricos y pobres, virtuosos y culpables,

y en cuanto a fraternidad, ella es ilusoria cuando prima el mercantilismo y el oro es rey, amigo y vasallo. En medio de este pueblo casi he perdido la fe que traje de América en esa trilogía francesa, pregonada en libros doctrinarios, cuyas páginas sacan de quicio a muchos de nuestros escritores para alabar todo lo europeo, menospreciando lo americano. En América sí que tenemos libertad, igualdad y fraternidad, y casi estoy por creer que las tres entidades visitaron como fantasmas de luz la vieja Europa, pero luego se trasladaron a la joven América, donde encontraron brazos abiertos, sangre robusta y altruismo suficiente para decantar fraternidad (Matto, 2010 [1909]: 48-49).

Hacia veinte años que Clorinda Matto, en su *Aves sin nido*, había escrito, sin embargo, haciendo precisamente crítica a las desigualdades y a la falta de libertades:

La plaza única del pueblo de Kíllac mide trescientos catorce metros cuadrados, y el caserío se destaca confundiendo la techumbre de teja colorada, cocida al horno, y la simplemente de paja con alares de palo sin labrar, marcando el distintivo de los habitantes y particularizando el nombre de casa para los notables y choza para los naturales (Matto, 2001 [1889]: 53).

En contraposición al ideario de modernidad y de progreso, ambas autoras describieron en sus obras la pervivencia de la colonialidad en el Perú del siglo XIX:

Para los adelantos forzosos que hacen los laneros, fijan al quintal de lana un precio tan ínfimo que el rendimiento que ha de producir el capital empleado excede del quinientos por ciento; usura que, agregada a las extorsiones de que va acompañada, casi da la necesidad de la existencia de un infierno para estos bárbaros. Los indios propietarios de alpacas emigran de sus chozas en las épocas de reparto, para no recibir aquel dinero adelantado, que llega a ser para ellos tan maldito como las trece monedas de Judas. Cumplido el año se presenta el cobrador con su séquito de diez o doce mestizos, a veces disfrazados de soldados (Matto, 2001 [1889]: 57).

Con contenido y estilo distinto, pero describiendo situaciones y hechos ligados al mundo andino, Flora Tristán, en el capítulo dedicado a explicar lo que vio y vivió en Arequipa, cuenta que:

El 24 de septiembre para festejar a Nuestra Señora, una gran procesión recorrió la ciudad, una de aquellas procesiones en las que el clero del país despliega más ostentación. Son las únicas diversiones del pueblo. Las fiestas de la iglesia peruana dan una idea de lo que debían ser las Bacanales y las Saturnales del paganismo. [...] Por la tarde se representó un Misterio al aire libre, en la plaza de las Mercedes. Era una cosa nueva para mí, hija del siglo XIX, recién llegada de París, la representación de un misterio bajo el pórtico de una iglesia en presencia de una inmensa multitud de pueblo. Pero el espectáculo más lleno de enseñanzas era la brutalidad, los vestidos groseros y los harapos de ese mismo pueblo, cuya extrema ignorancia y estúpida superstición retrotraían la imaginación de la Edad Media. [...] Con estos medios es como se mantiene en sus prejuicios a los pueblos de América. El clero ha ayudado a la revolución, pero no ha pensado abandonar el poder y lo conservará por mucho tiempo todavía. Por lo que pude ver, fui la única en regresar entristecida de ese espectáculo. Siempre me he interesado vivamente por el bienestar de las sociedades en medio de las cuales el destino me ha transportado y sentía un verdadero pesar por el embrutecimiento de aquel pueblo. Su felicidad, me decía, no ha entrado jamás dentro de las combinaciones de los gobernantes. Si hubiesen querido realmente organizar una república, habrían tratado de hacer germinar, por medio de la instrucción, las virtudes cívicas hasta entre las últimas clases de la sociedad.

En las colonias todo el mundo practica el comercio. Esas costumbres de especulación existen por todas partes en las Américas. Los prejuicios de nuestra vieja Europa sobre las profesiones no han podido propagarse (Tristán, 2008 [1838]: 194-195).

Con el peso puesto en la práctica religiosa, en la crítica al clero y en la descripción de una sociedad determinada por prejuicios de los que la autora se sabe lejos, precisamente por ser europea, Flora Tristán considera que el Perú y los otros países de América siguen siendo colonias. También lo ratifica en sentido económico y cultural, a pesar de las independencias, con lo que en definitiva cuestiona la evolución del Perú.

Clorinda lo hará décadas más tarde, como hemos visto en el fragmento citado, desde una visión más analítica y social: ahondando en las costumbres propias de la colonia que persistían, y que mantenían las relaciones de dependencia, de abuso y de autoritarismo entre los de piel y tradición cultural distintos.

3. La única modernidad posible: la educación y la libertad de las mujeres

Tal y como he planteado páginas atrás, ambas autoras proponen en sus obras la educación de las mujeres y su libertad como únicas formas posibles de progreso para el Perú, para América y también para Europa. En este sentido, pues, podríamos decir que se hacen menos importantes las comparaciones, los usos de paradigmas más o menos comunes en la época y se mantiene, mucho más allá de las miradas diversas y del paso del tiempo, una certeza que implica en realidad a toda la sociedad y que, proponen, debe estar incorporada en las políticas del momento.

Las costumbres instaladas y la impunidad delante de distintas formas de violencia contra las mujeres son explícitamente denunciadas por Clorinda Matto en *Aves sin nido*:

El año pasado nos dejaron en la choza diez pesos para dos quintales de lana. Ese dinero lo gastamos en la feria comprando estas cosas que llevo puestas, porque Juan dijo que reuniríamos en el año vellón a vellón, mas esto no nos ha sido posible por las faenas, donde trabaja sin socorro, y porque muerta mi suegra el tata cura nos embargó nuestra cosecha de papas por el entierro y los rezos. Ahora tengo que entrar de mita a la casa parroquial, dejando mi choza y mis hijas, y mientras voy, ¿quién sabe si Juan delira y muere? ¡Quién sabe también la suerte que a mí me espera, porque las mujeres que entran de mita salen... mirando al suelo! (Matto, 2001 [1889]: 56-57).

Flora Tristán había descrito en su obra, apenas en las primeras páginas, la correspondencia entre independencia de las mujeres y nivel de civilización de cualquier sociedad: «Se observa que el nivel de civilización a que han llegado diversas sociedades humanas está en proporción a la independencia de que gozan las mujeres» (Tristán, 2008 [1838]: 17). La obra de Clorinda Matto, escrita décadas después, ponía en evidencia que, cruzadas con otras cuestiones relativas a los colores de la piel y al hecho de pertenecer a determinados grupos socioculturales, en los Andes seguían instaladas formas de dependencia, impuestas sobre las mujeres, que impedían no solo su libertad, sino también la posibilidad de desarrollo de aquella sociedad.

Flora Tristán ya había explicado que las mujeres limeñas, a su vez, apenas leían o tenían conocimientos sobre temas o materia alguna, pero argumentaba su supremacía respecto a los hombres por una cuestión de inteligencia natural, aunque reafirmaba lo lejos que permanecía también la sociedad urbana de un nivel óptimo de «civilización», del nivel alcanzado en Europa, y señalaba como sorprendente el hecho de que no existieran institutos de educación. La autora, sin embargo, separaba así en cierto modo el paradigma europeo de lo civilizado de la inteligencia natural de las mujeres:

Sin embargo, las mujeres de Lima gobiernan a los hombres porque son muy superiores a ellos en inteligencia y en fuerza moral. La fase de civilización en la que se encuentra este pueblo está aún muy alejada de la que hemos alcanzado en Europa. No existe en el Perú ningún instituto para la educación de uno u otro sexo. La inteligencia no se desarrolla sino por sus fuerzas naturales. Por esta causa, la preeminencia de las mujeres de Lima sobre el otro sexo, por inferiores que sean a las mujeres europeas con relación a la moral, debe atribuirse a la superioridad de inteligencia que Dios les ha concedido (Tristán, 2008 [1838]: 444).

En sus paseos y descubrimientos del mundo peruano, Flora Tristán encontró el lugar de libertad para las mujeres:

Fui a visitar un convento de mujeres, el de La Encarnación. No se siente nada religioso en el interior de aquel monasterio. La regla conventual no se presenta en ninguna parte. Es una casa en donde todo ocurre como en cualquier otra. Hay veintinueve religiosas. Cada una de ellas tiene su alojamiento en el que hace cocinar, trabaja, educa niños, habla, canta; en una palabra, procede como mejor le parece. Hasta vimos algunas que no usaban el hábito de su orden. Aceptan alumnas que entran y salen. La puerta del convento está siempre abierta. Es un género de vida cuyo objeto no se comprende. Estaría una tentada de creer que esas mujeres se han refugiado en aquel recinto para ser más independientes de lo que podían ser en el mundo (Tristán, 2008 [1838]: 429).

Años más tarde, Clorinda Matto afirmaría ante el Ateneo de Buenos Aires que uno de los lugares más emblemáticos para la libertad y el desarrollo de las mujeres, y para el de las sociedades, sería el de la escritura:

Nada nuevo traigo.

Mujer, e interesada en todo lo que atañe a mi sexo, he de consagrarle el contingente de mis esfuerzos que, seguramente, en el rol de la ilustración que la mujer ha alcanzado en los postrimeros días del siglo llamado admirable, será un grano de incienso depositado en el fuego sacro que impulsa el carro del progreso, y, aunque éste no producirá la columna de luz que se levanta en los Estados Unidos del Norte, pretendiendo abarcar la América, él dará, siquiera, la blanquecina espiral que perfuma el santuario. [...] Me refiero a las mujeres que escriben, verdaderas heroínas que, con el valor de Policarpa Salavarrieta, aceptando la muerte antes que delatar los secretos de su patria y con la convicción de los mártires en la verdad de la obra, luchan, día a día, hora tras hora, para producir el libro, el folleto, el periódico, encarnados en el ideal del progreso femenino.

Y ¿con qué aliciente?

La gloria. ¡Oh, la gloria, que casi siempre arroja sus laureles sobre el ataúd, donde han caído derribadas por el hambre del cuerpo o los supremos dolores del alma!

¡No importa!

Con la planta herida por los abrojos del camino y la frente iluminada por los resplandores de la fe en los destinos humanos, ellas, las obreras del pensamiento, continuarán laborando (Matto, 1895: 3-4 y 13-14).³

3. Disponible en: www.ellibrototal.com/ltotal/ficha.jsp?idLibro=3556 (consulta: 13/3/2017).

En la misma conferencia Clorinda Matto rompía el tópico de la mujer compa-
ñera, esposa, madre o hija:

La República Argentina, que tiene héroes de la guerra magna, porque sus madres supieron ama-
mentarlos con el seno de las espartanas, habrá de enorgullecerse también de ser la patria de
Juana Manuela Gorriti, muerta hace tres años, después de haber ilustrado su época con multitud
de libros cuyo número me excusa de la enumeración. Juana Manuela, rodeada del respeto y de
la admiración, no por haber sido esposa y madre de presidentes de una república, sino por haber
sido escritora Eduarda Mansilla de García, la fantástica.

Eduarda, hermana de un general, madre de un marino distinguido, no vivirá en la posteridad
por ellos, sino por sus obras (Matto, 1895: 15).

Flora Tristán y Clorinda Matto de Turner son dos de las distintas autoras
que a lo largo del siglo XIX escribieron en América y sobre América. Sus tex-
tos están llenos de tensión cada vez que se proponen hablar de América
—por la omnipresencia de Europa— o cada vez que se proponen eludirla o
cuestionarla. Sus textos, además, describen y denuncian formas de relación
social y de gobierno que impedían el crecimiento del Perú hacia la moderni-
dad, y en aquello en lo que ambas autoras coincidieron claramente fue en la
elaboración de una misma propuesta política: sin el desarrollo de la inteligen-
cia y de la libertad de las mujeres a través de la educación, ninguna socie-
dad se civiliza ni progresa.

Flora Tristán volvió a Europa en 1834:

Como a las cinco se levó anclas. Todo el mundo se retiró. Me quedé sola, completamente sola,
entre dos inmensidades: el agua y el cielo (Tristán, 2008 [1838]: 490).

Clorinda Matto murió apenas publicado su *Viaje de recreo*, al regresar de
Europa en 1909.

Tanto la efigie de Flora Tristán como la de Clorinda Matto y sus obras fue-
ron quemadas en plazas del Perú: algo muy importante tocó la política de su
escritura.

Fuentes y bibliografía citada

- BERG, Mary G. (2010). *Clorinda Matto de Turner (1852-1909): Perú*. Buenos Aires: Del Car-
do.
- BLOCH-DANO, Evelyne (2002). *Flora Tristán. Pionera, revolucionaria y aventurera del siglo XIX*.
Madrid: Maeva.
- BONFIGLIO, Giovanni (2001). *La presencia europea en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del
Congreso del Perú.
- DE MIGUEL, Ana, y ROMERO, Rosalía (2003). *Feminismo y socialismo. Antología, Flora Tristán*.
Madrid: Libros de la Catarata.
- DENEGRI, Francesca (2004). *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres
ilustradas en el Perú*. Lima: Flora Tristán.
- FERRÚS, Beatriz (2013). «Las “Obreras del pensamiento” y la novela de folletín (Rosario
Orrego de Uribe, Lastenia Larriva de Llona y Josefina Pelliza de Sagasta)». *Lec-
tora*, 19, Barcelona, págs. 121-135.

- GARCÍA BELAÚNDE, Domingo (2005). *Las constituciones del Perú*. Lima: Universidad de San Martín de Porres.
- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz (2002). *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid: Vervuert/Iberoamericana.
- GORRITI, Manuela (2001 [1869]). «El pozo de Yocci. 1869». En: Juana Manuela Gorriti. *Ficciones Patrias*. Barcelona: Biblioteca Clarín.
- GOSWITZ, María Nelly (2010). «Catalina y Blanca, un análisis del ideario narrativo de Mercedes Cabello». En: Claire Emile Martin (ed.). *Cien años después: la literatura de mujeres en América Latina: el legado de Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner*. Lima: Universidad San Martín de Porres, págs. 111-125.
- MATTALIA, Sonia (2003). *Máscaras suele vestir. Pasión y revuelta: escrituras de mujeres en América Latina*. Madrid: Vervuert/Iberoamericana.
- MATTO, Clorinda (2001 [1889]). *Aves sin nido*. México: Colofón.
- (1895). *Las obreras del pensamiento en la América del Sur*. Disponible en: www.ellibrototal.com/ltotal/ficha.jsp?idLibro=3556 (consulta: 13/3/2017).
- (2010 [1909]). *Viaje de recreo*. Doral: Stockcero.
- PELUFFO, Ana (2005). *Lágrimas andinas. Sentimentalismo, género y virtud republicana en Clorinda Matto de Turner*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.
- TAUZIN, Isabelle (2003). «La imagen en el Perú ilustrado. (Lima, 1887-1892)». *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, vol. 32, núm. 1, Lima, págs. 133-149.
- TRISTÁN, Flora (2008 [1838]). *Peregrinaciones de una paria, 1833-1834*. Arequipa: El Lector.